

La persecución

Marta Molés Sanz

Corría. Estaba empezando a quedarse sin aire. Pero no podía parar. Cada vez corría más y más deprisa. Se encontraba al límite de sus posibilidades, pero sabía que si se paraba sería el fin. Todo comenzó el día que le conoció. Se hicieron amigos en seguida. Se compenetraban muy bien. Llegaron a ser incluso como hermanos. Pero un día todo se torció. Nadie sabe por qué, pero de repente todo terminó. Alcohol. Gritos. Patadas. Un cuchillo. Sangre. Y allí se encontraba ahora, huyendo de las consecuencias. Evitando lo inevitable. Queriendo escapar de ella. Ella que apareció sin que nadie la invitase. Ella. La culpa.



Traslación

Sara Guú

Sin motivo, de repente, fui consciente de mi estado. Solo veía una extraña oscuridad luminosa, pero otros sentidos percibían mi relax. Tumbada, con los músculos distendidos, notaba la dura pero a la vez moldeable arena sobre mi espalda y mis piernas. A pesar de la brisa fresca que venía a mis oídos, del rumor lejano de las olas, mi piel estaba caliente por el sol que me acariciaba. Olor a sal y agua. Mi respiración se acompasaba con aquel rumor lejano. Nada me preocupaba.

Como para asegurarme de encontrarme así, inconscientemente, apreté con la fuerza que dio mi mano, la arena. Entonces, a pesar de la paz que disfrutaba, desperté en mi pequeña y céntrica habitación madrileña. Noté la arena resbalar por mi mano.

El destino

M^a Teresa Torres de la Peña

Sonia corrió a la parada del autobús, justo a tiempo para coger el que salía hacia su destino. Cuando salió de la estación de autobuses, volvió a correr para no perder el tren, que en ese momento salía hacia su destino. Una vez que llegó al final de trayecto, tuvo que darse prisa para tomar el avión que salía hacia su destino.